

## Afromestizaje y fronteras étnicas. Una mirada desde el puerto de Veracruz\*

---

*Afromestizaje y fronteras étnicas. Una mirada desde el puerto de Veracruz*, es el sugerente título del más reciente libro del Dr. Christian Rinaudo, profesor e investigador de la Universidad de Niza, Francia. En este texto presenta parte de los resultados de la investigación desarrollada durante su estancia en la ciudad y puerto de Veracruz, donde permaneció durante un largo periodo, del año 2007 al 2010. A lo largo de estos años, tuve la suerte de conversar con él eventualmente, ya que realizaba esporádicas visitas a Xalapa para consultar bibliotecas, visitar librerías, conversar con colegas, artistas y “emprendedores de identidad” —como él llama en su libro a cierto tipo de gestores de la cultura—. Él y su esposa, la fotógrafa Sandra Ryvlin, junto con sus dos pequeños hijos, radicaron en el puerto de Veracruz durante todo este tiempo, participando de las dinámicas de la ciudad, aprendiendo el idioma, los hábitos y las reglas de convivencia en un espacio urbano diverso y complejo, descrito agudamente en el libro que hoy comentamos. Tuve pues la oportunidad de percibir cómo Christian aprendía paula-

\* Christian Rinaudo, *Afromestizaje y fronteras étnicas. Una mirada desde el puerto de Veracruz*, col. Biblioteca, Universidad Veracruzana/IRD, Xalapa, 2012, 222 pp.

tinamente el lenguaje gestual, corporal y oral de la sociedad jarocho (aunque sin perder nunca su acento francófono). En su jerga cotidiana incorporaba algunos términos coloquiales, mientras que en la vida diaria se integraba al jolgorio porteño, participando de las tertulias y reconociendo a los personajes emblemáticos de la vida del puerto.

Quizás en otro texto, Christian debiera contarnos las aventuras del investigador francés que se asoma en la vida íntima de la ciudad, las vías mediante las cuales, tras meses de trabajo, fue comprendiendo el proceso de conformación de eso que se llama de forma un tanto ambigua “identidad jarocho”. ¿Cuál era la mirada de los distintos sectores de la ciudad hacia el investigador extranjero? ¿Cómo vivió su inserción en este espacio tan segmentado socialmente y al mismo tiempo tan articulado en ciertos puntos nodales mediante dinámicas de desencuentro, de confrontación y pocas veces de confluencia? Esto nos ayudaría mucho a comprender su posicionamiento, el punto crítico en lo que al antropólogo como autor concierne, como dijera el famoso antropólogo simbolista Clifford Geertz.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Geertz, Clifford, *El antropólogo como autor*, Ediciones Paidós Ibérica, Barcelona, 1989.

Por mi parte, la lectura de este libro me llevó a mirar algunos espacios de la sociedad porteña desde otra óptica: las dinámicas socioculturales de racialización y exclusión social en una ciudad donde viví durante una década, participando quizás inconscientemente de algunas reglas no explícitas. La lectura de este libro me llevó a recordar vivencias primarias y a reflexionar sobre ellas desde otro ángulo explicativo. La cultura local porteña sería desde esta óptica (en palabras de un querido colega, Leif Korsbaek) “el marco teórico” de la sociedad, el cual nos conduce a movernos dentro de ciertas fronteras —algunas claramente excluyentes, otras más bien difusas o porosas.

Citando a Michael Moerman, el autor considera que la etnicidad no es un trabajo de tiempo completo, sino una tarea práctica que a veces se cumple, un papel que a veces se actúa, un reflejo que a veces se provoca. Su trabajo de campo se guía entonces por una mirada panorámica que trata de ver los modos de identificación étnico-raciales y la manera en que se articulan con otras lógicas sociales.

Rinaudo se propone evitar la diferencia metódica entre raza y etnicidad; dicha diferenciación analítica responde a cuestiones y marcos de distinta índole (históricos, disciplinares, contextuales, etc.) que el mismo autor explica en la primera parte del libro. Sin embargo, él elige hacer de la

noción de etnicidad una herramienta de alcance conceptual más general, dado que en muchos casos —argumenta— las características somáticas llegan a construir un tipo de marcador de identidad. Este marcador se puede distinguir o asociar a diferenciaciones de tipo cultural. Siguiendo este enfoque, el autor se planteó diferentes niveles de análisis: el nivel de la vida oficial e institucional (las políticas culturales locales), el nivel de las representaciones de la ciudad en las descripciones turísticas y narrativas historiográficas, y el nivel de las organizaciones dentro del espacio público urbano.

Como señala Flores Martos en su etnografía sobre el Puerto de Veracruz, publicada en el año 2004,<sup>2</sup> la ciudad de Veracruz se hallaba hasta entonces “fuera del mapa” de la antropología mexicana. No existían monografías antropológicas sobre la cultura urbana de Veracruz; los trabajos publicados estaban centrados en la descripción historicista y en los orígenes e influencias de alguno de los temas y motivos folklóricos que la propia sociedad veracruzana sancionaba como propios, importantes y constitutivos de su identidad veracruzana, por ejemplo, el son, el danzón y el carnaval, promovidos desde las élites, el cine y la prensa. En este sentido el trabajo de Christian

<sup>2</sup> Juan Antonio Flores Martos, *Portales de música. Una etnografía del puerto de Veracruz*, Universidad Veracruzana, Xalapa, 2004.

Rinaudo constituye un aporte sobre la sociedad porteña en los diferentes niveles mencionados, realizando un distanciamiento de este ejercicio folklorizante de lo jarocho.

Mediante la exposición de sus datos etnográficos, el autor examina la existencia de una identidad étnico-racial que se activa en determinados contextos, y los entrecruces con otras formas de identificación; considera la cuestión de la afrodescendencia como un elemento entre otros que forman parte de procesos sociales y culturales de mayor amplitud.

Destaca también la capacidad de agencia de los diferentes tipos de actores, por ejemplo, en los procesos de patrimonialización y construcción de narrativas y emblemas en el desarrollo de las políticas multiculturales, tomando como eje de esta discusión el análisis del Festival Afrocaribeño y los sucesivos afiches, despliegues propagandísticos y presupuestos políticos.

El trabajo etnográfico se dirigió hacia el registro de los usos sociales de las categorías de color, de las organizaciones ciudadanas implicadas en los procesos de patrimonialización de la memoria urbana del mestizaje, y de los actores del ámbito cultural que trabajan a partir de la reivindicación de las raíces africanas. Reitera que en el caso de Veracruz, el manejo de las apariencias físicas conlleva la expresión de una cultura negra sin que ello tenga como correlato la producción de un

movimiento de reconocimiento de una identidad racial.

En México, los campos de estudio referentes a poblaciones indígenas y a poblaciones afrodescendientes han estado hasta hoy totalmente separados; los especialistas en temas indígenas pocas veces se acercan al estudio de los asuntos que atañen a las poblaciones negras. El autor explica las condiciones y momentos en los que las instituciones culturales mexicanas fomentaron el reconocimiento de una cultura e identidad afromestiza, misma que generó procesos de reconstrucción e invención identitaria para la gestión y reconocimiento de las poblaciones afrodescendientes.

En el caso del estado de Veracruz —a diferencia de lo que ocurre en la Costa Chica de Oaxaca y Guerrero— los procesos de construcción identitaria con base en las raíces africanas son muy desiguales y minoritarios. Aquí no es posible establecer los límites de un eventual grupo afrodescendiente —con excepción de algunos poblados muy localizados como Yanga, Mata Clara y Coyolillo—, por ello, para el autor, el reto consistió en captar los procesos de construcción y desconstrucción permanente de esta identidad incierta y volátil. Pone de relieve la creatividad cultural y social de determinados sectores sociales que, sin asumirse como negros, reivindican sus influencias africanas, integrando también otros elementos. Mediante

la gestión de las apariencias físicas, en sus formas de bailar, cantar, vestirse y moverse, dichos sectores se nutren de los registros mundializados y relocalizados de la “cultura negra”. El cuerpo como espacio de la diferencia, exotizado, adquiere así un carácter instrumental.

La etnografía permite tratar de comprender las formas particulares que adoptan las dinámicas de sociabilidad y las expresiones culturales de la identidad.<sup>3</sup> El autor hace énfasis en la relevancia de la investigación de los procesos de apropiación y/o reinventiones culturales, y la circulación de actores políticos que se apoyan en las legitimidades étnicas o de otra índole. En ello reside la importancia de conocer mejor las interconexiones, mezclas y transgresiones de unas categorías a otras y de entender los posicionamientos relativos dentro de combinaciones de fuerzas, intereses y objetivos, entre los cuales la identificación étnica y/o racial juega un papel, pero no siempre el único ni el más importante.

Desde estos planos, el autor se propuso observar la variedad de operaciones de exclusión y discriminación, o inclusión y reconocimiento por parte de los diferentes sectores de la socie-

dad porteña. En particular, le interesa apuntar el hecho de que el racismo ordinario descansa en jerarquías sociales y económicas, así como en una división sexual y racial del trabajo y los roles sociales.

Para apoyar esta afirmación, acude al ejemplo de los estudios de género en los Estados Unidos, que han demostrado la manera en que el racismo ordinario contribuye a que los trabajos domésticos menos valorados socialmente, involucren a las mujeres de las minorías racializadas y a la vez excluyan a la figura femenina de la norma social dominante. Rinaudo muestra algunos marcos sociales veracruzanos en los que las antiguas categorías del periodo colonial funcionan todavía como categorías del sentido común, marcando las diferencias y naturalizando las relaciones de dominación que operan en el espacio urbano. Para ello se asoma un poquito a la vida nocturna de Veracruz, en especial a un lugar donde las expresiones de dominación se vuelven un espectáculo (Capezzio Disco, “La casa de la raza”).

Por supuesto —el autor reconoce—, este tipo de expresión moral de la división social fundada en los orígenes, las apariencias, el color de la piel, la manera de vestirse o comportarse, la profesión, los lugares de salidas, etc., no es exclusivo de Veracruz aunque puede tomar formas que remiten a la historia de esta ciudad y a la manera en

<sup>3</sup> Odile Hoffmann y María Teresa Rodríguez (eds.), *Los retos de la diferencia. Los actores de la multiculturalidad entre México y Colombia*, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Publicaciones de la Casa Chata, México, 2007.

que las relaciones de poder se expresan localmente.

El texto propone algunas respuestas certeras sobre cuestiones relacionadas con las dinámicas de identidad, racismo y discriminación en la ciudad de Veracruz, así como acerca de los procesos de construcción “del otro” en los estereotipos sobre la importancia de la herencia africana (a través de la música y la danza entre otros aspectos). Se propone, asimismo, reubicar a Veracruz en la dinámica de migraciones posesclavistas caribeñas y explicar la diferencia racial en la organización de la vida pública.

Por último, me gustaría destacar el notable trabajo de traducción del francés al castellano realizado por la Dra. Lorraine Karnoouh —docente de la Facultad de Antropología de la Universidad Veracruzana— que permite una lectura ágil, coherente y fluida.

El material etnográfico que recopiló Christian Rinaudo en la ciudad de Veracruz nos depara aún algunas sorpresas, que esperamos ver publicadas en un futuro próximo.

*María Teresa Rodríguez López*  
CIESAS-Golfo

\*\*\*

La forma en que la historia como el presente muestran el paisaje multi e intercultural desde el cual, siempre y por ahora, el puerto veracruzano se construye, es algo que quizá no todos quienes habitan en la ciudad y su conurbación tienen presente. Tampoco es una obligación, pero sí un referente desde el cual valdría la pena que pensarán a diario aquéllos que viven en estas tierras.

Éstas son las primeras palabras a las que remite el texto no sólo para reseñar sino para meditarlo en virtud de los procesos de evocación, memoria, recuerdo y análisis a que invita su lectura, pues tal como en alguna ocasión tuve oportunidad de platicarlo con Christian Rinaudo (en aquellos días cuando se planeaba la realización de un coloquio internacional sobre la ciudad y puerto de Veracruz), pareciera que es desde afuera de donde mejor se conoce la historia, la cultura y todo aquello que a los de adentro nos tendría que interesar, en virtud de ser muchos colegas extranjeros quienes han convertido a la ciudad y su conurbación en un objeto de estudio. Esto no quiere decir que los de casa no lo hayan hecho, pero parece que la divulgación de esos hallazgos tiene más impacto allende la frontera, que entre nosotros. Es un asunto de distribución del conocimiento y la socialización del mismo que bien merece la pena —en

algún momento— sentarse a reflexionar entre pares.

En este sentido, el libro: *Afromestizaje y fronteras. Una mirada desde el puerto de Veracruz*, coeditado por la Universidad Veracruzana y el Institut de recherche pour le développement (2012), es la puesta en escena de una lectura crítica, desde un pasado que se hace presente en las 222 páginas, que el autor desarrolla para mostrar el cuerpo, el rostro pero también el alma y las vértebras desde los cuales la alteridad como la otredad se han venido configurando en la ciudad y puerto de Veracruz, así como en su conurbación. Hoy, cuando se acaba de celebrar el centenario de la heroica defensa de la ciudad ante la invasión estadounidense; cuando el puerto jarocho está a cinco años de cumplir los primeros cinco siglos de haber sido fundado, hay muchas cosas que se deben decir, no sólo en relación con el ayer, sino con el presente y futuro de esta histórica ciudad; y en esto, el libro abona mucho al posibilitar formas diferentes de nombrar aspectos relacionados con lo social, lo cultural, lo político, lo ideológico, entre otros aspectos.

Integrado por siete capítulos: “Consideraciones generales”; “Veracruz-Boca del Río”; “Promoción de la tercera raíz en las políticas culturales”; “Discurso turístico e historiografía local”; “La Huaca: barrio de negros y laboratorio del mestizaje”; “Rumberos y jarochos. Africanidad electiva y cul-

tura callejera”, y “Las fronteras de la dominación”, como lectores estamos ante la oportunidad de saber y reconocer los intersticios por donde se ha dado constitución a la identidad de lo jarocho en sus diversas formas.

Al respecto, es oportuno señalar que el libro es producto de una investigación que el propio autor realizara, por lo tanto, tuvo la oportunidad no sólo de ver, sino de vivir y sentir aquello que en la suma hace imagen y paisaje en esta conurbación. Desde la mirada de un sociólogo y en su calidad de observador foráneo, husmea, pregunta, dialoga, define un entramado de variables a la luz de las cuales explora, explica e interpreta el complejo proceso por el que han pasado (y siguen andando) nuestras identidades imaginarias y reales, particularmente ligadas a la tercera raíz; un ascendente que, unido a lo indígena, parece que se invisibiliza entre algunos grupos sociales, aun cuando en los rasgos, el ritmo del andar, la complexión corporal, pero igual en los sonidos, los colores y los sabores, se muestre una textura o porosidad constituyente de los hombres y las mujeres que formamos esta sociedad.

Rinaudo lo dice en sus palabras introductorias: “[...] la población local, acostumbrada a construir distinciones a partir de diferencias somáticas poco contrastadas, asocia muchas veces la piel muy oscura y los rasgos negroides con características extranje-

ras [...]” (p. 14). Y sí, los españoles nos han heredado mucho de su riqueza, pero también otros grupos humanos cuya genealogía viene desde las profundidades de una africanidad negada por un discurso dominante, pero tan importante para el puerto veracruzano como pueden ser los andaluces. Y es que, como también apunta el autor, no se debe olvidar que, con la Conquista, dio inicio la historia de la africanidad en estas tierras, pues de esos millones de personas que llegaron de África a este continente, unas doscientas mil por aquí entraron y terminaron quedándose.

De tal suerte, así como Veracruz es la ciudad más antigua de México, el puerto veracruzano llegó a ser tan importante en lo económico para el Imperio español que también fue puerta de entrada de esclavos negros; de esto muchos autores nacionales y extranjeros han dado cuenta: Christian Rinaudo se suma a ellos para situar una línea sociohistórica que llega hasta nuestros días. Ese tránsito apresurado pero claro y pertinente en cuanto a la manera de ser abordado, permite al investigador como al lector conocer la trayectoria de nuestra condición socio-cultural.

Por ello la importancia que, en ese recorrido, llega a tener el municipio de Boca del Río en tanto ciudad hermanada con el puerto veracruzano. Veracruz-Boca del Río son así territorio, lugares, espacios de interacción

cultural en donde priman las relaciones humanas diferenciadas, plurales, diversas, por esas maneras de concebir, representar y nombrar aquello que los caracteriza como colectivo o en lo individual. Ese pueblo de pescadores que fue Boca del Río es hoy una expresión de las formas de modernidad, pues, como el autor sostiene, “Se urbanizó rápidamente en los últimos 30 años [...]” (p. 45), y hoy es el municipio donde mejor se muestra el desarrollo urbano, arquitectónico y las ofertas para el entretenimiento o la cultura que por estos lares se ofrece al ciudadano.

Situado el contexto de interacción, es decir, los lugares para habitar y construir sentido de pertenencia, Christian Rinaudo despliega una búsqueda sistemática para dimensionar el lugar que la llamada “tercera raíz” ocupa en las políticas, la gestión, así como en el sentido de comunidad de los habitantes de la conurbación. Aquí describe ciertas formas de reconocimiento oficial, pero también las maneras en que algunos grupos que se dedican a la gestión o promoción, vienen participando en el rescate, la preservación o la difusión de todo aquello que histórica y culturalmente nos define: el centro histórico, el barrio de La Huaca, los distintos festivales artístico-culturales (Festival afrocaribeño, el Festival del Son, el propio carnaval) y los circuitos turísticos son referentes obligados, pero también experiencias

emergentes que tienen que ver con la cultura popular en otros sentidos, dando cabida en la experiencia urbana a aquellos grupos socioculturales que gustan de salir de noche a divertirse. Tal es el caso del acercamiento que realiza a los callejones donde se goza al ritmo del son, a las tardes del folklor jarocho en el zócalo de la ciudad, a Capecio Disco en tanto espacio para el cultivo de contradicciones sociales; siendo estos lugares donde se reproducen formas de distinción social como puesta en escena de aquellas diferencias observadas y asumidas a diario entre quienes viven en un barrio, en un fraccionamiento, en una zona residencial, en una unidad de Infonavit, en una de interés medio o en las de mayor plusvalía en la conurbación.

Por allí y en ellos, se observa la africanidad, claro que sí: por más fronteras que se impongan, no se puede negar que hay asomos, rasgos de una identidad cocida al calor del intercambio cultural, de la mezcla entre etnias a las que Rinaudo ve desde lo representacional, los estereotipos o las formas de nombrar aquello que nos hace comunes en medio de las diferencias. En sus palabras: “Este planteamiento permite también un énfasis en las diversas interpretaciones de las escenas sociales:

las categorizaciones étnicas que sólo operan en cierto ámbitos de la vida social; los estereotipos algunas veces utilizados en las interacciones; las formas de jugar con las apariencias sociales, fenotípicas y de género” (p. 187).

Y es que si algo hay de cierto en estas formas de construcción de lo mío y lo suyo-otro que caracteriza a quienes viven en esta conurbación (lo cerrado y abierto, lo visible e invisible, lo que se es o se imagina ser), es que conforman un mosaico para enriquecer las lecturas que se hagan de la conurbación Veracruz-Boca del Río, pero también son una suerte de frontera étnica que termina por dar sentido a las representaciones de un afromestizaje y de todo aquel entramado que termina por hacer raíz en nuestros propios imaginarios colectivos, tan dados a ser negados por parte de algunos sectores de la población, pero innegable en el paisaje que a diario se construye. En esta ocasión ha correspondido al sociólogo Christian Rinaudo recordarnos la existencia constituyente de este afromestizaje veracruzano.

*Genaro Aguirre Aguilar*  
Facultad de Ciencias y Técnicas  
de la Comunicación,  
Universidad Veracruzana